

Habi



Guillermo Samperio

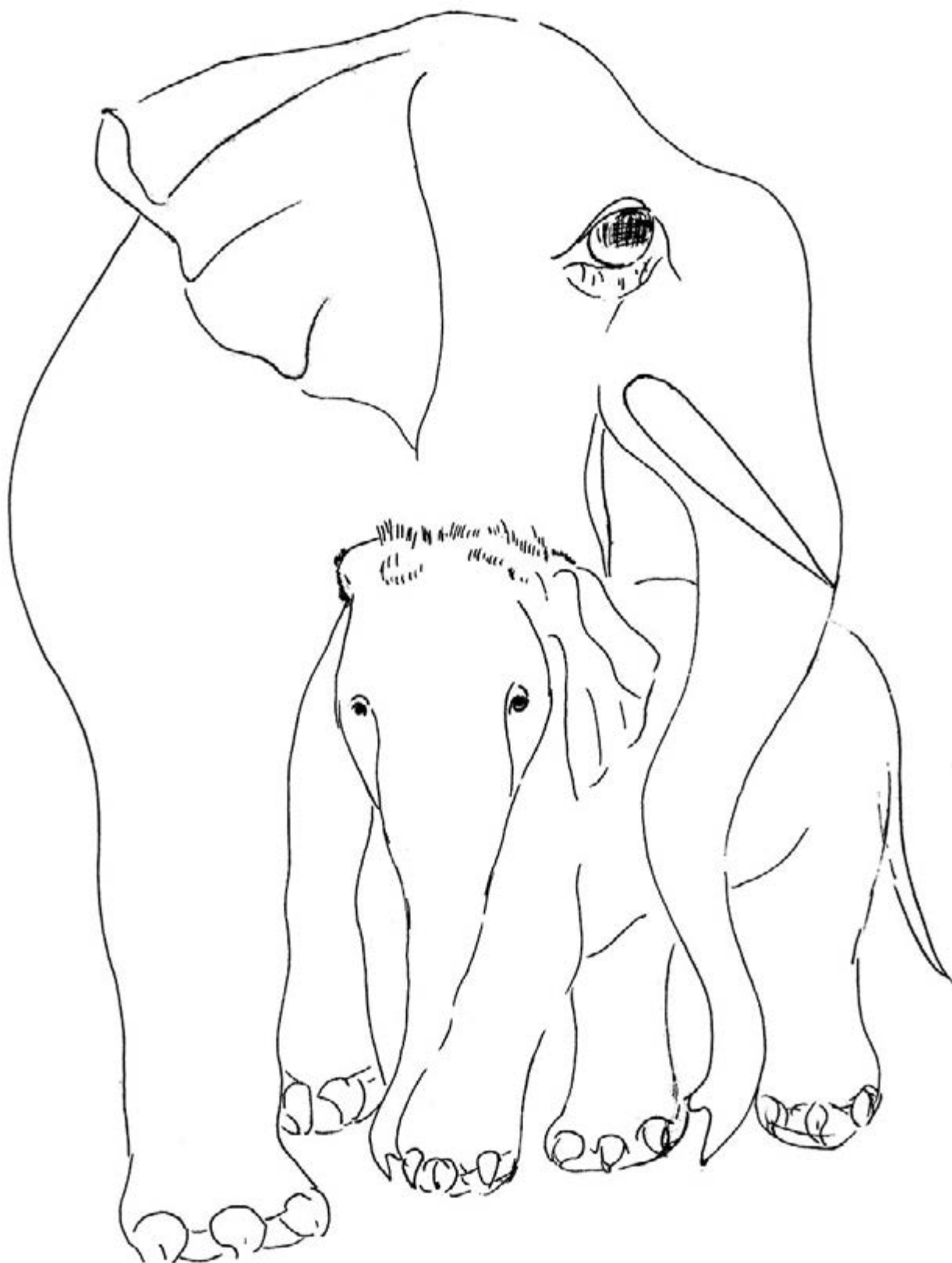
Ilustración Martha Adams

Habi

Texto: Guillermo Samperio

Ilustración: Martha Adams

Tu madre tiene razón, hijo —explicó papá elefante.



—Pero ella no me deja ir a ningún lado...

—replicó Habi molesto.

—Bueno, puedes ir a jugar con tus amigos, pero no te alejes demasiado.

—Sí, papá —dijo el pequeño elefante.

De inmediato, Habi fue a buscar a los otros elefantitos, y no encontró a ninguno.

—Al fin que ni los necesito —pensó.

Y decidió dar una vuelta. Cerca del pantano escuchó un escándalo de voces. Aplastando unos arbustos, se dirigió hacia allá y vio un grupo de ranas que lo invitó a que admirara



sus acrobacias. Habi aceptó, pues le encantaba divertirse. Cuando las ranas repitieron el acto de cuerda, él se despidió y se encaminó hacia la casa de los changos. Pero, en cuanto estuvo frente a ella...



—No te acerques, Habi —dijo uno.

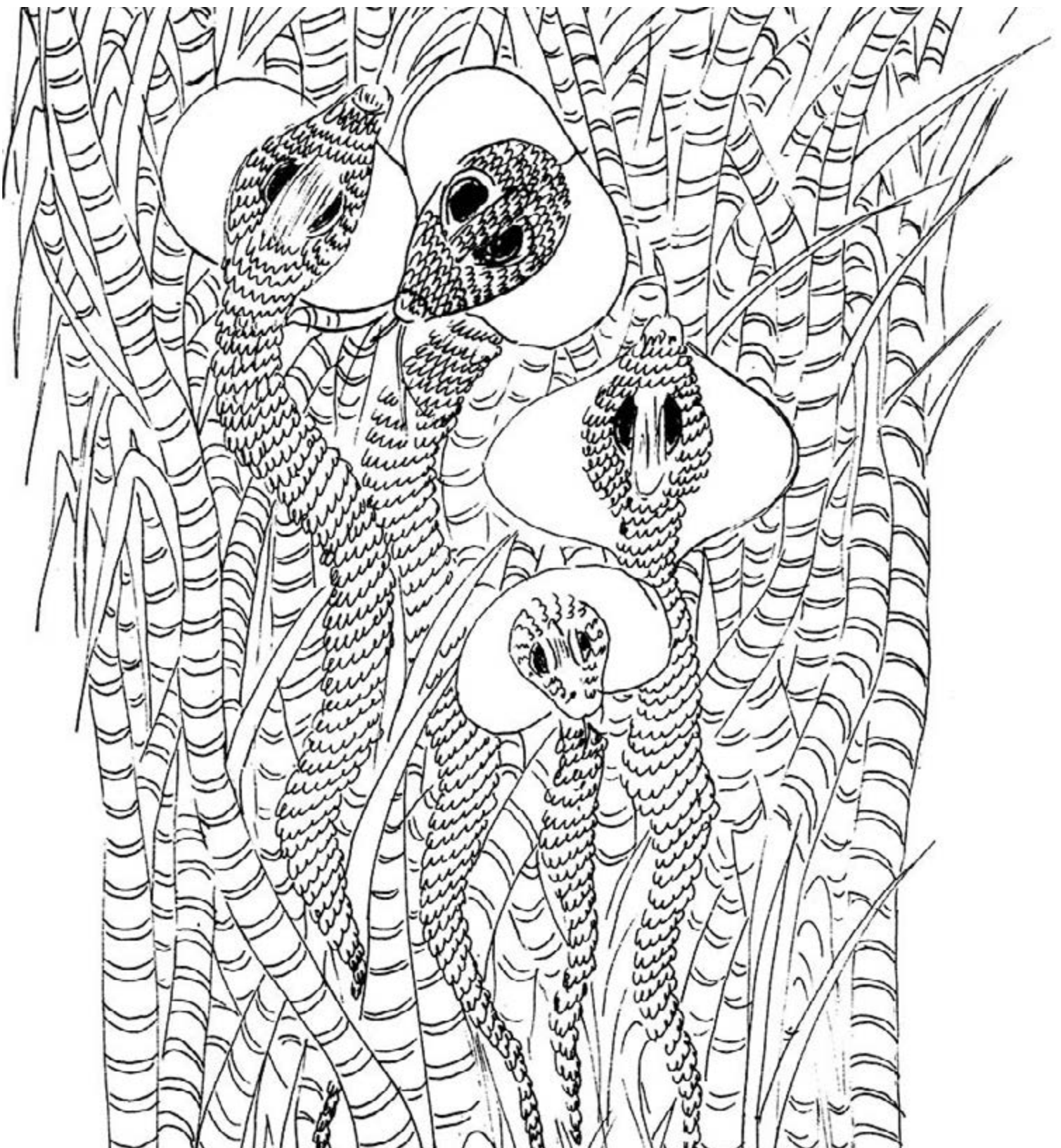
—Si a ti te gusta perder el tiempo, allá tú; pero no nos vengas a quitar el nuestro —añadió otro.

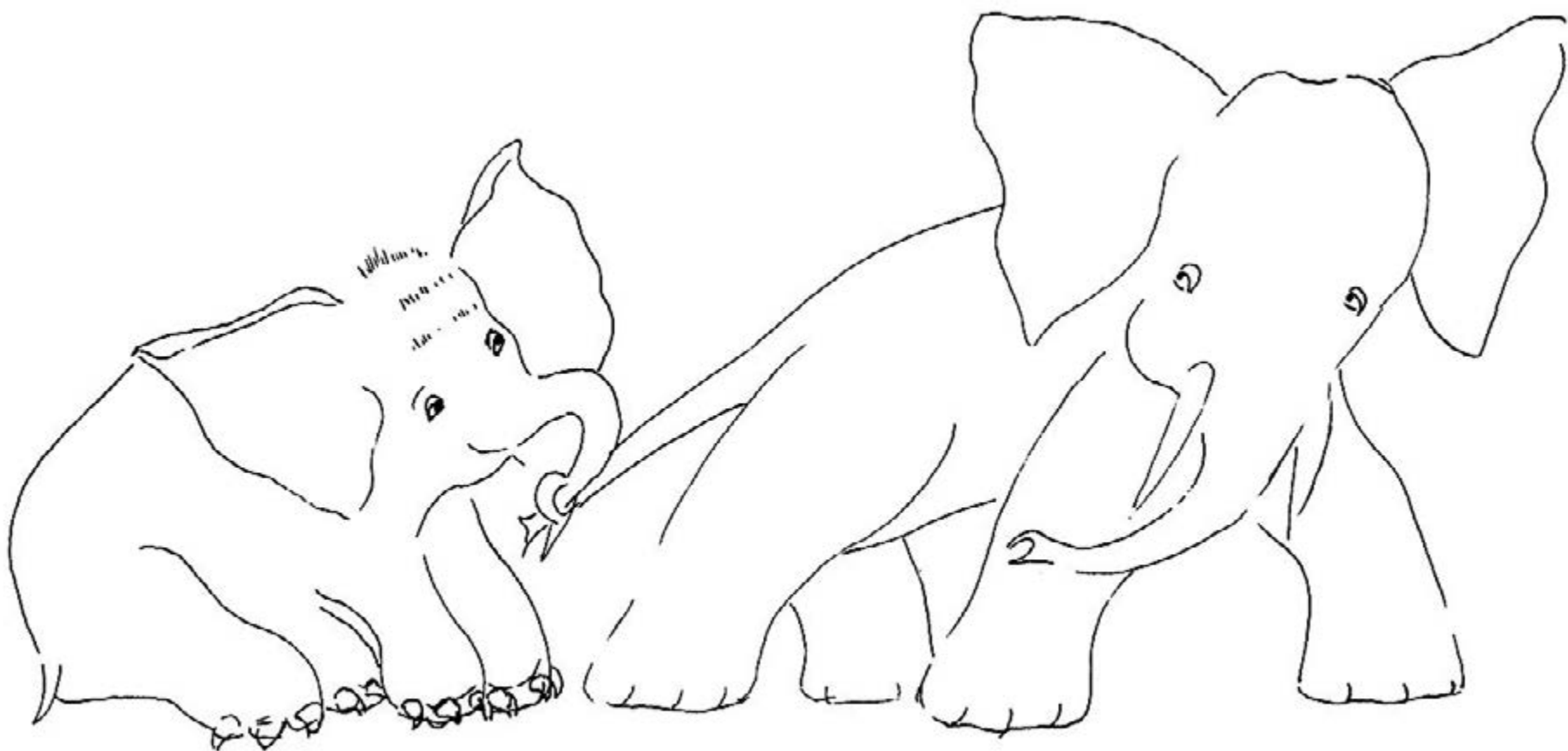


—Vuelve dentro de un mes, a ver si para entonces te recibimos —prosiguieron.

—Vete, Habi —gritaron por fin, a coro, los cinco changos.

Disgustado y muy digno, Habi se fue sin dirigirles la palabra. Al poco rato de vagar y ya medio aburrido, se topó con unas cabras. Acordaron jugar tope-borrego. Con dos o tres trompazos, el pequeño elefante las dejó atontadas. Mientras ellas se reponían, se escuchó:





—**¡Habi, muchacho del demonio!** Entonces, Habi quiso esconderse; pero la que había gritado, que era su mamá, lo agarró de la cola y se lo llevó arrastrando hasta su casa. Ella lo regañó, le dio sus buenas trompadas y lo mandó a dormir. Al siguiente día, muy tempranito, Habi desayunó abundantemente. Estaba muy enojado con mamá elefanta.

—**Me trata como a un bebé** —pensó—. **Yo también puedo ir de aventura como papá** —renegó en voz baja.



Lleno de coraje y sin lavarse la trompa, se internó en la selva, decidido a llegar hasta el fin del mundo. Después de andar a la deriva una media hora, encontró un chango que le dijo:

—Siempre de flojo, Habi.

—Es cosa mía, ¿no?

Cortando el diálogo, Habi comenzó a correr. Mientras avanzaba y se alejaba cada vez más de su casa, se sintió ligero, libre, emocionado, pero también cansado. Detuvo su paso para



reposar y se echó al pie de un gran árbol. En lo que imaginaba que volaba, alguien habló.

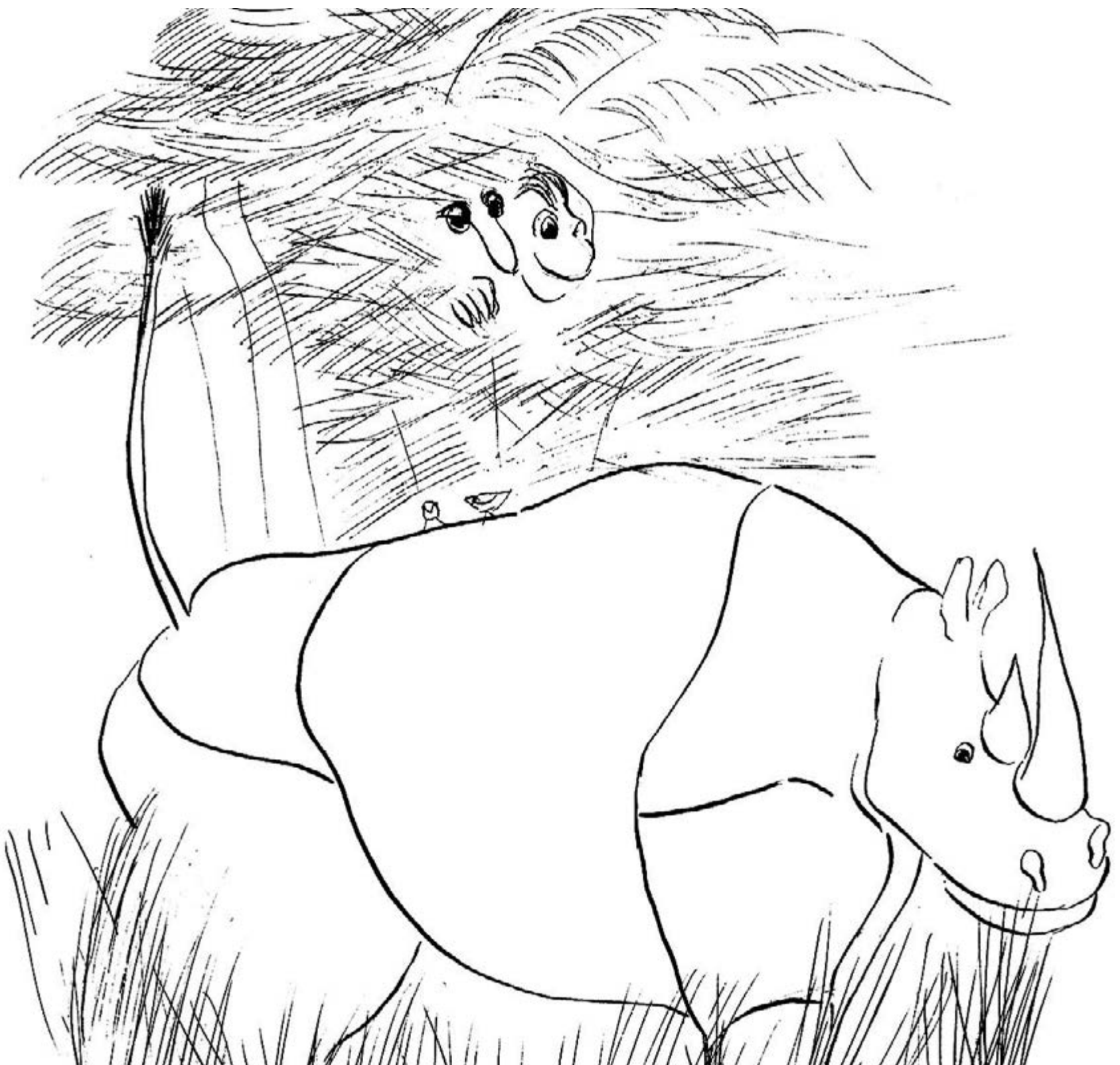
—¡Qué tal, Habi!

Sorprendido, el elefante se levantó rápidamente y, con voz débil, dijo:

—¿Sííí?

Y se disipó su sorpresa al ver al señor Rinoceronte.

—¿Qué andas haciendo por aquí? —dijo Rinoceronte.



—**Voy a dejarle un recado a la señora Jirafa, de parte de mi mamá** —mintió Habi.

—¿Y conoces el camino de regreso?

—**¡Claro! He venido muchas veces por acá** —siguió mintiendo.

—¡Qué bueno! Hasta pronto, Habi. Me saludas a tu papá, por favor.

—**Sí, señor Rinoceronte. Adiós.**

En cuanto Rinoceronte se perdió de su vista, Habi emprendió una nueva carrera, hasta encontrarse rodeado por una tupida maleza. Se detuvo, y miró hacia todos lados como buscando por dónde seguir.

De repente, sintió que muchos ojos lo observaban. Para su tranquilidad, entre la hierba, fueron apareciendo picos, cabezas, alas, bigotes, orejas y cuerpos y, al fin, distinguió al tucán, al tigre, al búho y a otros muchos animales.

—**¡Hola!** —dijo Habi.

Pero nadie contestó a su saludo, con lo que su seguridad comenzó a quebrarse. Todos lo miraban fijamente.

—**¡¡¡Hola!!!** —insistió.





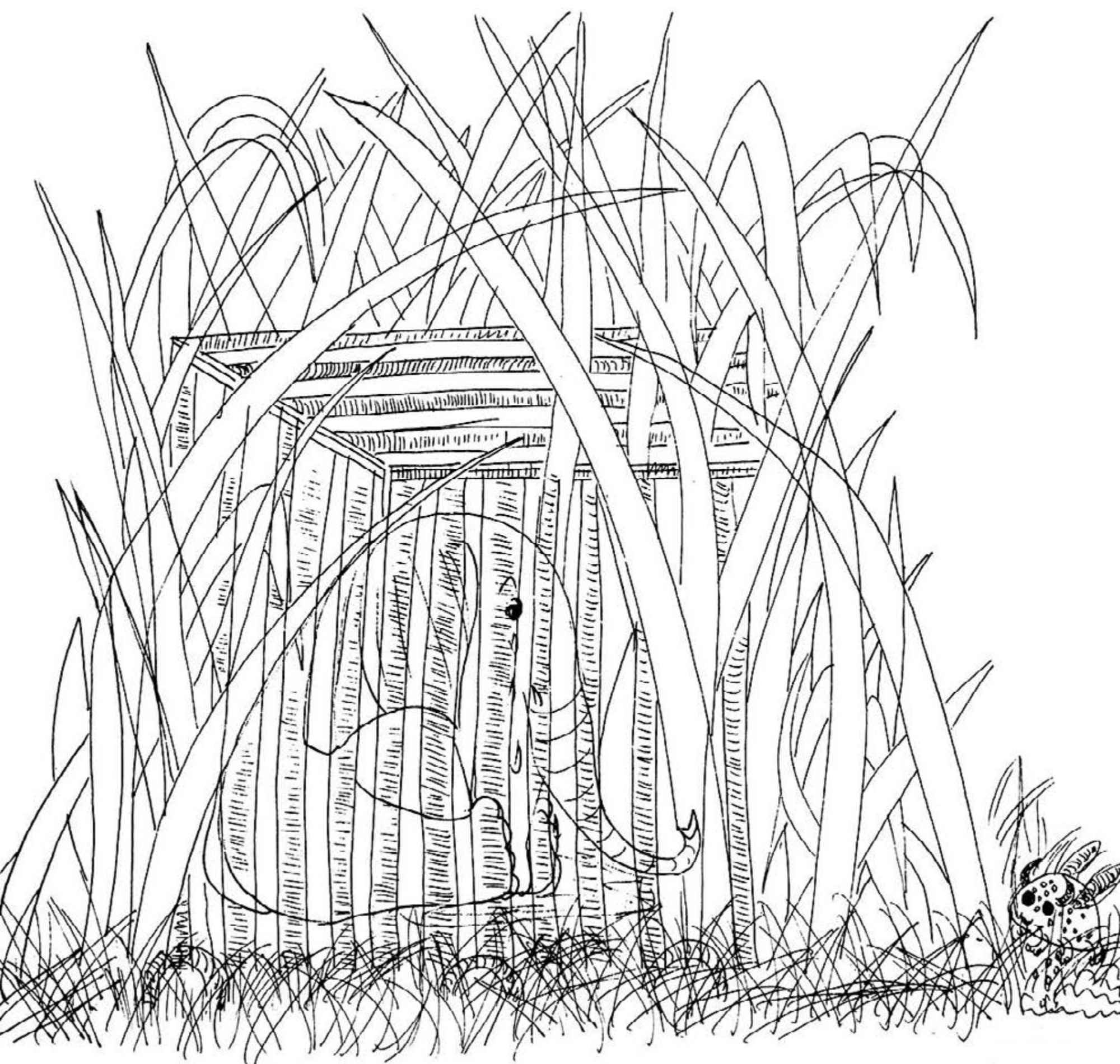
Y una vez más, nadie respondió; Habi sintió que el silencio se hacía más grande. Lo miraban como si se tratara de un bicho extraño.

Pensó que, a lo mejor, solo era su imaginación. Sin atinar a hablar, se fue haciendo para atrás, les dio la espalda a los silenciosos y se alejó. Se metió entre unos arbustos, aplastándolos. Luego escuchó varias risotadas que, por supuesto, provenían de los animales que no le habían hecho caso.

—Fue una broma muy pesada —pensó el pequeño elefante.



En tanto que renegaba, se encontró rodeado por una verdadera pared de vegetación. Buscó intranquilo un hueco entre dos árboles y avanzó por ahí. De repente, no pudo ya seguir porque se topó con algo duro para sus fuerzas.
—¡Rrr... Clac! —se escuchó.



Sin atinar a reconocer este sonido, intentó regresar reculando por el mismo hueco; pero chocó nuevamente con algo duro para sus fuerzas. Con trabajos giró sobre sí, descubrió una especie de barrotes que lo cercaban y escuchó voces extrañas:

—¡Ya está! Bajen de ahí.

—¡Viva! Ya cayó otro.

—Sí, es un elefante.

¡Lo habían atrapado!

—**¿Quiénes serán esos malditos?** —pensaba desesperado Habi.

Y comenzó a lamentarse de su destino. ¿Lo harían cachitos para venderlo en el mercado? ¿Lo utilizarían para transportar cargas pesadas? ¿Algún rajá habría mandado por él para ponerlo a su servicio? ¿Y mamá y papá, y sus amigos? Al recordar su casa, se puso triste y no pudo evitar las lágrimas. Se sintió perdido.

Pero pronto se resolverían sus dudas.

Junto con una gran cantidad de animales, lo llevaron al puerto al día siguiente. Y en cuestión de unas cuantas horas, lo embarcaron. Le dieron de comer mientras el búque se hacía a la mar.





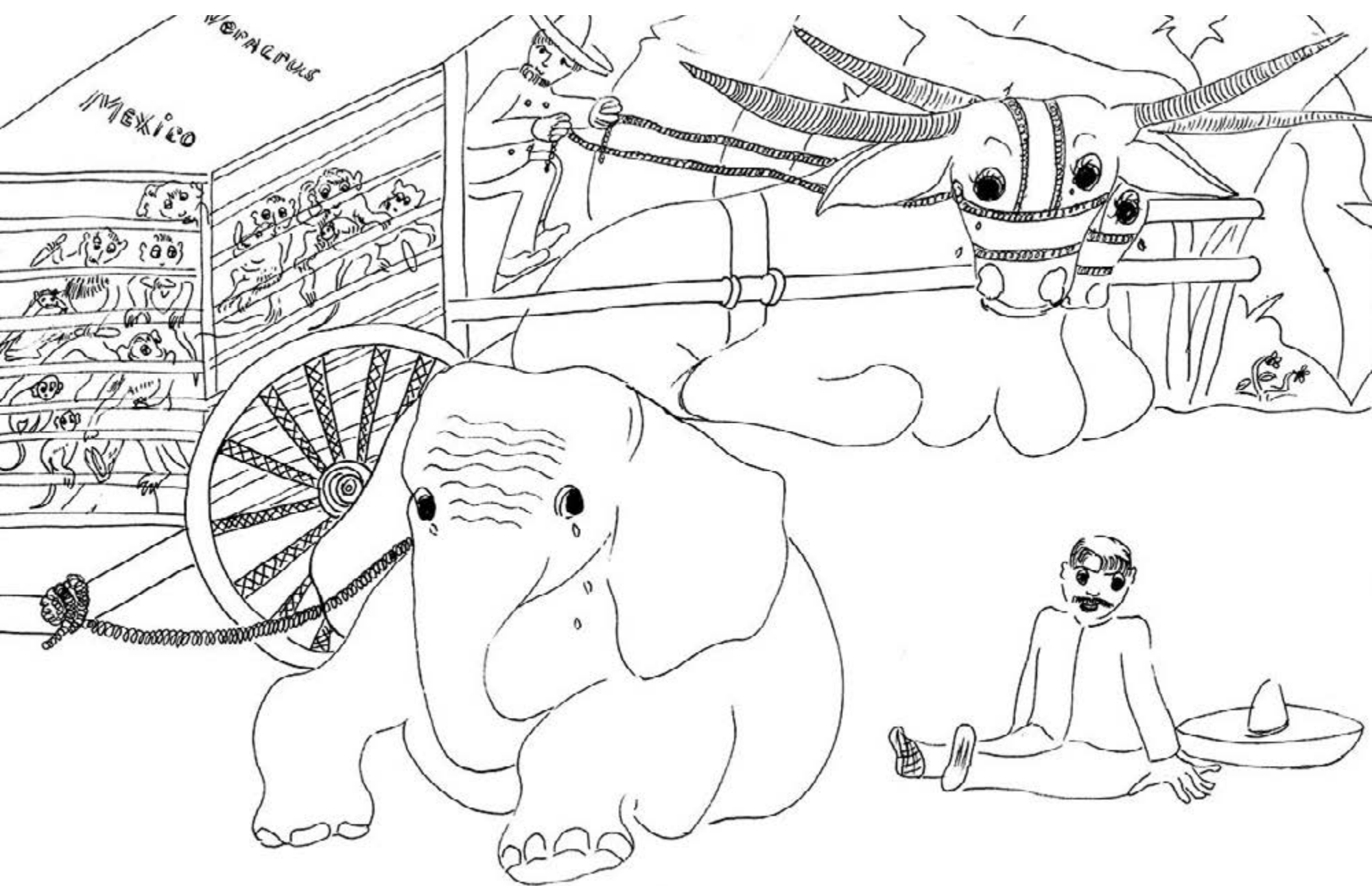
Antes de que el barco arribara a su destino, Habi decidió hacer frente a la situación, aunque se puso un tanto nostálgico.

Llegaron a un puerto destartalado; en lo que desembarcaban las jaulas, mucha gente se reunió frente al barco. Iban y venían vendedores de tortas, de paletas, de frutas, de dulces, en fin, vendedores de todo; pero, más que nada, había muchos niños: chicos, medianos y grandes.



Al pequeño elefante lo subieron a una carreta jalada por bueyes, los que, a duras penas, podían mover el rústico transporte. Habi se encontraba azorado ante la multitud que lo observaba y lo saludaba y le gritaba. Al ver que atraía demasiado la atención, Habi se creyó muy importante y hasta llegó a pensar que su triunfo estaba cercano. Pero, en medio del gozo, le entró la duda.

—¿A dónde me llevarán? —se preguntó—. Nunca me imaginé que el fin del mundo fuera así y que en él viviera gente con esos sombreros tan extraños y con esa ropa tan rara.



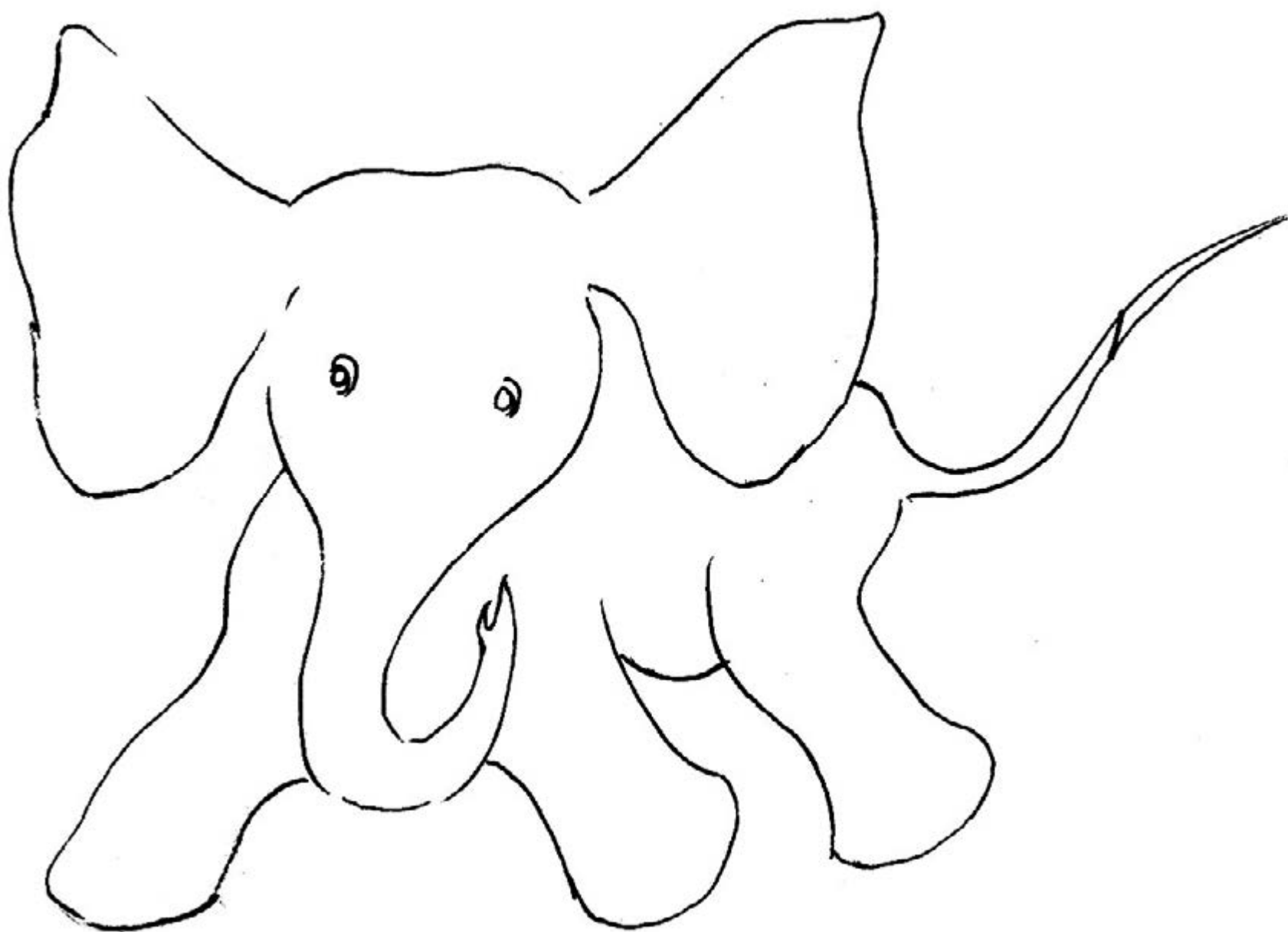
A medida que la caravana se alejaba del muelle, el bullicio se fue apagando. Luego se hizo el silencio. Las carretas se detuvieron a la entrada de una gran carpa. Ahí comenzaron a bajar los animales. Sacaron al pequeño elefante de la jaula para bajarlo y, en el momento de llegar al suelo, de un trompazo derribó al carretero. Entre aullidos, chillidos y gritos todos festejaban el incidente. Pero, a pesar de la alegría, Habi ya tenía una respuesta: él trabajaría en un circo y se pasaría la vida encerrado, sin su tan preciada libertad.



—**No volveré a pasear** — pensaba mientras miraba los montes en la lejanía—, **ni a jugar con mis amigos, ni a platicar con las ranas. Ni los changos me regañarán, ni jugaré tope-borrego con las cabras, ni...** —se detuvo porque se puso muy, muy triste y empezó a llorar.

—**Ni volveré a ver a mamá, ni a papá, ni...** —siguió pensando en tanto que los mocos le escurrían lánguidamente.

Ya entrada la noche, en la oscuridad de la carpa, Habi se desesperó.



—**No permitiré que me hagan esto** —dijo enojado en voz baja—. **No es justo.**

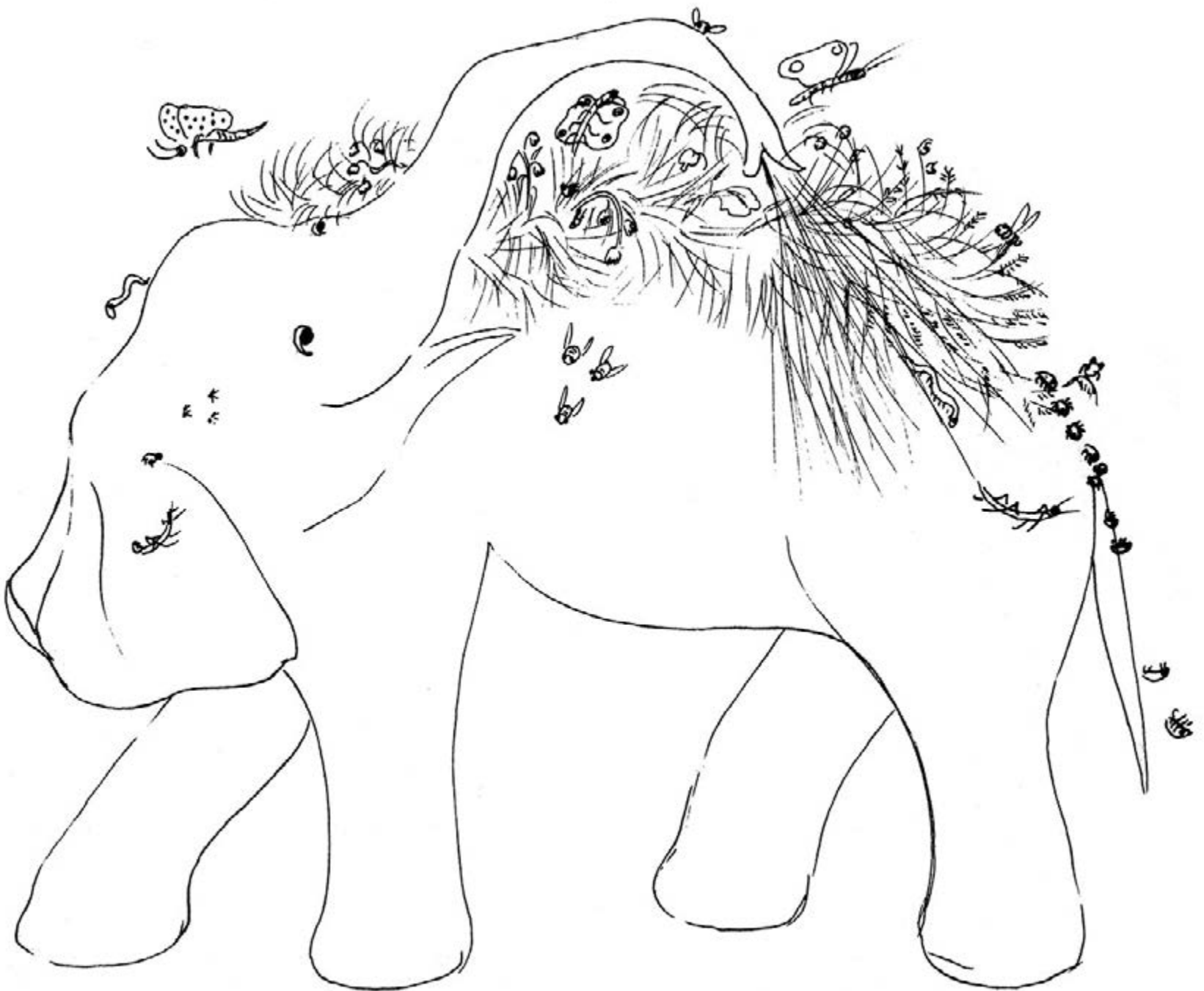
Y sin meditarlo más, jaloneó fuerte la cuerda con que estaba amarrado. Por fin pudo desatarse. En silencio abandonó la carpa, se alejó del pueblo a la luz de la Luna y se internó en la vegetación. Durante varias horas, subió y bajó montes y montañas hasta que lo venció el cansancio.



Pasó mucho tiempo roncando. Al despertar, ya entrado el día, Habi se dio cuenta de que, sobre su lomo, se había establecido toda una colonia de insectos y plantas. Esto le provocó un gran gusto porque los animalitos serían sus amigos, y de esa manera, siempre viviría acompañado.



Así que, vagando y disfrutando del aire fresco, Habi se dedicó a cuidar y a regar ese jardín botánico que transportaba en la espalda y que tanta felicidad causaba a sus pequeñísimos compañeros. Jardín que, a fin de cuentas, representaba un pedacito de naturaleza ambulante y la libertad para Habi.



Créditos

Texto: Guillermo Samperio

Ilustración: Martha Adams

Diseño original: Cynthia Valdespino Sierra



Por esta edición digital

Consejo Nacional de Fomento Educativo

Coordinación general

Carmen Gladys Barrios Veloso

María del Carmen Herrero Mejía

Pedro Antonio López Salas

Coordinación editorial

Samuel Josué Aguayo Mejía

Rosa María Díaz Álvarez

Verónica Noyola Valdez

Coordinación de Normatividad, Producción y Vinculación Editorial

Producción digital

Dulce Mariko Lugo García

Abigail Orduña Ruiz

Maresa Oskam Roux

Jorge Eduardo Rodríguez Uribe

Paola Zorrilla Drago



Directorio

Esteban Moctezuma Barragán

Secretario de Educación Pública

Cuauhtémoc Sánchez Osio

Director General del Consejo Nacional de Fomento Educativo

Samuel Torres Pérez

Director de Educación Comunitaria e Inclusión Social

René Fujiwara Apodaca

Director de Educación Inicial

Sagrario Conde Valerio

Directora de Cultura y Difusión



Habi

Edición 2020

D.R. © Consejo Nacional de Fomento Educativo
Avenida Universidad 1200, Xoco,
Ciudad de México, C.P. 03330

ISBN